

El eje de la Castellana, escaparate de la arquitectura madrileña contemporánea

En 1929 el Ayuntamiento de Madrid convocó un concurso para el desarrollo urbano; con su fallo se certificaba el cambio –un giro de noventa grados– en el eje de crecimiento de la ciudad. Desde sus comienzos, el centro de Madrid se había ido desplazando hacia el Este, siguiendo el discurrir de las calles Mayor y Alcalá; con el proyecto ganador –del arquitecto Secundino Zuazo– se materializaba una aspiración ya latente desde tiempo atrás: crecer según el eje que apuntaba el Paseo de la Castellana. Naturalmente, a partir de ese momento, éste fue colmándose de la más representativa –y mucha de la mejor– arquitectura madrileña de este siglo; pero ya contaba con un espléndido pasado: ¿acaso albergaba mejores expectativas que las que nuestros días han deparado?

Este eje se constituye en una vaguada –el arroyo Castellana– que recorre de norte a sur la ciudad y en la que ésta detenía, hasta no hace mucho, su crecimiento: la característica forma de diábolo del casco histórico de Madrid es la que se dibuja entre esta barrera y la opuesta del Manzanares. Desde antiguo, la humedad del paraje había garantizado la abundante vegetación y propiciado su uso como prados de la villa; más allá (tal como lo vemos en el plano de Texeira, de 1656) sólo existía la posesión real del Retiro y algunos notables conventos y edificios religiosos suburbanos; éstos habían dado nombre a los distintos tramos, de sur a norte: Prado de Atocha, Prado de San Jerónimo, Prado de los Agustinos Recoletos (hoy todavía reconocibles: Atocha-Neptuno-Cibeles-Colón).

Como es sabido, fue en el reinado de Carlos III cuando, en el marco de un ambicioso proyecto para las rondas de la ciudad, se decidió embellecer los «prados de Madrid» y transformarlos en un exquisito paseo. El de Atocha –desde entonces Paseo del Prado– se ennoblecía, de acuerdo al espíritu ilustrado del momento, con edificios destinados a la ciencia (Gabinete de Ciencias Naturales –hoy Museo del Prado–, Jardín Botánico y el cercano Observatorio Astronómico), todos ellos debidos al gran Villanueva; para el de San Jerónimo, Ventura Rodríguez concibió –en un programa iconográfico basado en fuentes monumentales– el Salón del

Prado; el Prado de Recoletos –lindante con las huertas de los conventos– continuó manteniendo su carácter tangencial.

Siguiendo la vaguada hacia el Norte, ya fuera del recinto urbano –en lo que es hoy la plaza de Emilio Castelar–, manaban las aguas («extremadísimas» por su claridad y frescor, según Cervantes) de la fuente Castellana. Aquí, para conmemorar la ascensión al trono de Isabel II, en 1833, levantó Javier de Mariátegui un célebre obelisco (hoy, como tantos otros monumentos madrileños, removido de su lugar) que remataba la prolongación del Prado de Recoletos llevada a cabo en aquellos años: una umbría y sugerente alameda, conocida en su momento como «Delicias de Isabel II» o –según más tarde prevalecería, nombrando el tramo a partir de Colón– «Paseo de la Fuente Castellana».

Aquel paseo estaba llamado a convertirse en el escenario privilegiado de la vida madrileña; entre el Obelisco y Recoletos, en un concurrido paseo de coches y jinetes, las clases acomodadas del Madrid romántico se daban al obligado ritual del ver y dejarse ver. Mantuvo por mucho tiempo –todo el período isabelino– su carácter bucólico y exterior a la ciudad, sin más edificaciones que algunas quintas. Las delicadas arquitecturas domésticas de aquel período –muy otras de las que llegarían inmediatamente después– proliferaban más abajo, en torno al soberbio palacio que el marqués de Salamanca –símbolo de la nueva burguesía– había levantado en el Paseo de Recoletos al mediar el siglo; aquí, frente al paseo elitista de la Castellana, se daba un paseo socialmente más heterogéneo, urbano, con «aquella espontánea originalidad» –como ya subrayara Mesonero Romanos– que le distinguía de otros grandes paseos extranjeros.

Entre el paseo urbano y la vía-parque

En 1851 se inauguraba el tendido ferroviario en Madrid; su primera estación fue la de Atocha, en el extremo sur del eje. La ciudad crecía y se hacía necesario planear su desarrollo; el arquitecto e ingeniero Carlos María de Castro presentó en 1857 su plan de ensanche: el eje de la Castellana dejaba de ser un paseo exterior –en algún tramo, *campestre*– y se incorporaba decididamente a la trama de la ciudad, como su columna vertebral. Aunque ya claramente entendible como vía de capital importancia para la estructuración de los nuevos barrios, no se le daba aún –inmerso en la nueva retícula– un explícito carácter de eje de crecimiento: valga apuntar que la carretera de Francia se establecía en paralelo –lo que es hoy Bravo Murillo– a partir del bivio de las calles de San Bernardo y Fuencarral. No obstante, en un plano posterior, el propio Castro propuso ya la prolongación de la Castellana; pero ésta aún no habría de llevarse a cabo.



El eje de la Castellana en el plan de ensanche de Castro (1857)